
Lo nuevo y lo antiguo en materia de globalización y ajuste

Horst Grebe López

Deseo comenzar expresando mi profunda satisfacción por participar en este panel, acompañado de personalidades intelectuales tan destacadas de América Latina, que ya han dicho cosas muy importantes sobre el tema central.

Por mi parte, me voy a referir a la pregunta sobre qué es lo verdaderamente nuevo en los temas de la globalización y el ajuste. Creo además que es mejor referirse a este aspecto de una manera más bien general, antes que tratar de focalizar la problemática especial de mi país, Bolivia.

Tengo la impresión, en efecto, de que la globalización constituye un fenómeno nuevo en algunos aspectos, y no tanto en otros. Las tendencias mismas hacia la globalización, entendida como una creciente internacionalización de la vida económica, con la ampliación consiguiente de las relaciones y la interdependencia en el mundo, no son nuevas. Tampoco es nueva la necesidad de que se realicen determinados acomodos por parte de las economías nacionales cuando cambian las relaciones estructurales y los contextos institucionales. Si bien es cierto que las cosas se repiten en la historia, hay que admitir que se repiten en contextos diferentes. Frente a las dos interpretaciones opuestas de que todo esto ya lo

* Economista. Doctor en Economía Política de la Universidad de Economía de Berlín. Ha sido ministro de estado en las carteras de Trabajo y Desarrollo Laboral, así como de Minería y Metalurgia. Actualmente es Presidente de la Directiva de la Sociedad Boliviana de Economía Política y se desempeña como Director Ejecutivo del Instituto PRISMA.

vimos o de que todo es nuevo, es necesario diferenciar entre lo que constituye continuidad y permanencia dentro de un proceso de internacionalización que se despliega desde los orígenes mismos del capitalismo, por una parte, y aquello que es realmente nuevo en nuestra época, por otra. Hay necesidad de considerar además un tercer aspecto, que es el que se refiere a las fórmulas ideológicas con las que se acompaña todo este asunto.

Esto último es precisamente lo nuevo. En efecto, la globalización y su correlato, que es la necesidad del ajuste nacional frente a los grandes cambios internacionales, están siendo interpretadas de una manera totalmente ideologizada. Y esto tiene que ver con la propia dinámica de las transformaciones que vienen ocurriendo en los últimos quince a veinte años en América Latina. Resulta que la orientación de las políticas imperantes está fundamentada en ciertas fórmulas ideológicas que tienen cada vez más aceptación en las clases dominantes e incluso en los sectores medios y académicos de nuestros países. La presentación de la globalización como una panacea proporciona el soporte de las políticas de apertura de todos los gobiernos de la región, ninguno de los cuales ha logrado por consiguiente formular un proyecto nacional autónomo en los últimos veinte años.

Estamos, por tanto, ante la necesidad de discriminar aquello que representa un despliegue de las fuerzas productivas y capacidades de relacionamiento de la humanidad en su conjunto, es decir, de todo lo que constituye un componente progresista dentro de las tendencias globales, de aquello que constituyen las consecuencias, efectos e impactos deplorables sobre poblaciones desprotegidas porque los estados responden a una ideología que no corresponde a sus circunstancias de origen nacional.

Deberíamos trabajar una visión relativamente rigurosa de cuáles son los elementos distintivos de la transformación que sufre hoy en día el sistema económico internacional. Dentro de eso, es necesario recordar que tanto las economías nacionales como el sistema que se denomina “economía mundial” son configuraciones que se van construyendo en el tiempo. Por otra parte, ni la economía mundial es la sumatoria de todas las economías nacionales, ni las economías nacionales son totalmente independientes y contrapuestas a los fenómenos y procesos externos.

Hay una relación dialéctica entre la configuración de espacios internacionales cada vez más amplios de dominio de la relación capitalista y, más precisamente, de espacios de reproducción del monopolio capitalista, por un lado, y los espacios nacionales reservados al dominio de las políticas económicas dictadas de acuerdo a los intereses de cada país, por otro. Ocurre además que la frontera entre ambos espacios está localizada hoy en día dentro de cada país, de manera que no hay una relación de parte a todo entre economía nacional y economía mundial.

Ahora bien, el fenómeno de la globalización está ocurriendo en la economía mundial y tiende a engullirse a aquellas zonas que permanecen todavía bajo el ejercicio de cierta soberanía o autodeterminación en las economías nacionales.

En términos de cuantificación, a pesar de que se nos dice que casi el 75% de las exportaciones del mundo están gestionadas por una centena de empresas transnacionales y de que todo esto ocurre como si fuera un intercambio interno de las grandes corporaciones transnacionales, la verdad de las cosas es que aún hoy la gente consume el producto de sus connacionales prácticamente en nueve de cada diez casos. Por lo tanto, el fenómeno de la globalización real no excede todavía del diez por ciento de las transacciones económicas en el mundo.

Lo que pasa es que estos fenómenos reales quedan oscurecidos por otras dos circunstancias también reales. En primer lugar, por la universalidad que tienen las comunicaciones, lo que determina que con muy poca dificultad sea posible asistir colectivamente a los fenómenos y eventos que elige las veinticuatro horas del día la CNN en cualquier parte del mundo. Es ella la que selecciona los acontecimientos. Por otra parte, tenemos el movimiento del capital financiero especulativo.

Estos dos ámbitos están de verdad globalizados y operan, a diferencia de lo que ocurría en el pasado, en tiempo real. Esto está afectando de manera espectacular a la capacidad de gestión de las políticas económicas a partir de un fenómeno incontrolable por ninguno de los estados, ni siquiera por la potencia económica más grande del mundo.

La autonomización del movimiento del capital financiero respecto de la economía real es probablemente una novedad contemporánea, y a esto se suma el hecho de que sus movimientos rebasan largamente las respuestas que se pueden dar a partir de los mecanismos democráticos de deliberación. El tiempo que toma la deliberación parlamentaria para la adopción de decisiones en el sistema democrático es absolutamente más largo en comparación con la capacidad de movimiento instantáneo de las decisiones del capital especulativo. Esto coloca una tensión gravísima entre la economía y la política, sobre lo que es necesario discutir seriamente: ¿cuán posibles son hoy decisiones nacionales para regular este tipo de fenómenos? Obviamente, la única respuesta equivocada consiste en adoptar una actitud pasiva ante tal situación. Es preciso, en cambio, crear las condiciones internacionales para afectar y regular este desbocado movimiento del capital especulativo.

Hay un segundo aspecto en cuanto a la configuración de la economía globalizada. Se trata del desplazamiento que vemos a lo largo del siglo XX de los centros hegemónicos. Recuerdo en esta ocasión las teorías de Raúl Prebisch en los años '50, cuando explicaba la necesidad de los modelos de desarrollo hacia adentro de América Latina a partir del análisis de los cambios estructurales que significó la transferencia de la hegemonía de Inglaterra a los Estados Unidos. Inglaterra era una economía abierta, con una necesidad enorme de materias primas y recursos naturales para su funcionamiento como el primer taller industrial del mundo. A diferencia de eso, los Estados Unidos llegaron a tener en determinado momento de los años '40 solamente el 2% de su producto geográfico bruto vincula-

do con el comercio exterior. Se trataba pues de una economía absolutamente cerrada, que obligó a su vez al cierre de las economías periféricas.

Al reflexionar sobre las estructuras globales es por tanto necesario considerar como están configurados los centros hegemónicos cuyas tensiones y pugnas intercapitalistas, políticas y económicas, determinan el tercer elemento a tomar en cuenta: la arquitectura de los sistemas internacionales de diálogo y negociación entre los estados. Hoy deberíamos reclamar incluso que en tales foros participen también las sociedades, y en cierta medida eso está ocurriendo de una manera *ad hoc* en algunos mecanismos internacionales.

Necesitamos examinar las estructuras institucionales que regulan el funcionamiento de la economía internacional, donde una de las características novedosas —que no se han destacado suficientemente hasta ahora— es que la Organización Mundial del Comercio (OMC) no pertenece al sistema de Naciones Unidas. Es la primera organización mundial con un enorme poder decisonal, de arbitraje y de sanción, que no está incorporada dentro del sistema que nace en las postrimerías de la derrota del fascismo y donde se colocaron la democracia, la paz mundial y el desarrollo bajo el mismo paraguas institucional.

No es casual que la OMC, en los últimos veinte años, se haya constituido por fuera de dicho sistema. Expresa, por el contrario, esta nueva manera de representación internacional de los estados, que poco tiene que ver con la diplomacia tradicional y con las estructuras de decisión colectiva en el Poder Ejecutivo y de control en el Parlamento. La representación de nuestros países ante este organismo de política económica está embargada respecto de cualquier supervisión democrática. Tal representación en realidad es cooptada desde las diferentes instituciones que conforman el “Consenso de Washington”. De tal manera, se puede afirmar que nuestros ministros de economía en los últimos veinte años en la gran mayoría de los países latinoamericanos, lejos de ser los reguladores de los flujos económicos internos, son los representantes y los agentes internos de un pensamiento y de una fórmula única de considerar al mundo, cual es la ortodoxia neoliberal.

De tal manera resulta de la mayor importancia que incluyamos en las reflexiones sobre la globalización y el ajuste el hecho de que las estructuras y las instituciones internacionales hoy en día forman parte de nuestro problema interno. Ocurre, sin embargo, que nos han sido expropiadas, fruto de la frivolidad que se irradia sobre estas cosas desde los medios de comunicación y desde las corrientes intelectuales y económicas más ideologizadas del neoliberalismo.

La lucha ideológica internacional es un componente importante de las tareas del futuro. No se puede retornar la rueda de la historia. El nuevo internacionalismo debe corresponder a los niveles del desarrollo tecnológico del mundo, lo que

implica la discusión y la búsqueda de instrumentos como aquellos que se han planteado en la convocatoria de este seminario.

Herramientas como la Tasa Tobin o la integración de los pueblos y no del capital en América Latina, son capaces de forjar una nueva conciencia apoyada en una nueva teoría adecuada a los tiempos.

Por otra parte, la realización de foros paralelos como el de Porto Alegre en enero próximo o los encuentros de la sociedad civil para evaluar los resultados efectivos de las cumbres de Jefes de Estado en Copenhague en 1994 o en Río de Janeiro en 1992 constituyen importantes pasos hacia la incorporación de la sociedad civil internacional en las luchas para detener la autonomía del capital financiero especulativo que ha tenido efectos devastadores en nuestros países.